

México puede malvivir tranquilo mientras bien viva Rafael López Miarnau.

Carlos Ancira siempre bien, logrando de cada personaje que interpreta una nueva creación. Ignacio López Tarso alcanza uno de sus mejores trabajos, y desde *El rey se muere* no le habíamos visto nada tan bueno como su trabajo en *Hogar*. Puede decirse de López Tarso que es un actor disparejo pero nunca que es un mal actor, como quieren sus enemigos. Del Nacho de *Moctezuma II* al Nacho de *El rey se muere*, o de *Hogar* (dos trabajos completamente diferentes) hay una enorme diferencia. Y entre su labor en la obra de Ionesco y esta de David Storey, me quedo con la segunda a ojos cerrados. Ofelia Guilmáin, la gran Ofelia cuando quiere serlo, en *Hogar* lo desca fervientemente, con lo que su actuación resulta excelente. Y doña Virginia Manzano, noble señora de la escena, si bien no hace olvidar su trabajo en *Acapulco los lunes*, porque su papel no se presta para ello, demuestra sus gigantescas cualidades auténticamente artísticas. Cinco “monstruos sagrados” unidos para darnos lo que pedimos a diario: “Señor, danos una buena obra de teatro al mes para vivir tranquilos con nuestras conciencias.” Pero el Señor nos da una al año. *Hogar* puede ser la de muchos años, así que no hay que dejar de verla. Y si esto último sueña a publicidad... lo es.

14 de noviembre de 1971

CON DIOS Y CON EL DIABLO

Hay personas que quieren quedar bien con Dios y con el diablo, pero casi siempre les sucede lo que al tristemente famoso cuetero, que no quedan bien ni con uno ni con otro, porque, para seguir con los dichos populares, no se puede repicar y andar en la procesión, o el que a dos amos sirve, con alguno queda mal o con los dos. Dada mi repulsión por las consejas, refranes o proverbios, me da mucho gusto consignar que se ha dado un caso que desbarata la “sabiduría popular” de esos dictharajos o lugares comu-

nes con que nos atormentan desde la infancia. El autor teatral Vicente Leñero ha tenido el talento suficiente para quedar bien con Dios y con el diablo, es decir, con las derechas y con las izquierdas, con los conservadores, con los liberales, con la reacción y con el progreso. La noche del estreno de la recopilación en dos actos intitulada *El juicio*, con asombro presencié cómo Leñero era felicitado y abrazado por sacerdotes de traje y corbata negra, al mismo tiempo que por reconocidos revolucionarios anticristeros y por jóvenes intelectuales de patente militancia izquierdista. Esa noche, y seguramente las que han seguido, Leñero logró que Juárez y Maximiliano se saludasen cortésmente, que Zuloaga y Comonfort se estrecharan las manos, que los Flores Magón abrazaran a don Porfirio, que Huerta brindase con Carranza, que Calles y Vasconcelos cenaran juntos en “La Bombilla”, que Cárdenas y Alfonso Junco conversaran amigablemente . . . Quizá por aquello de que “todo es posible en la paz”. Pero, al menos yo, sentí que el asco flotaba como parte del *smog* y que la imagen que durante cuarenta años me había formado de la historia de México, era cubierta con una espesa mano de pintura blanca sobre la que se había escrito: “Conserve limpia la ciudad”.

La antipieza en dos actos *El juicio* reproduce a pedazos el jurado popular seguido a José de León Toral y a la madre Conchita, y la habilidad de don Vicente Leñero estriba en dar la impresión a los obregonistas, revolucionarios, izquierdistas en fin, de que es un documento en contra de los asesinos de un presidente electo, mientras que a los cristeros, mochos o derechistas en fin, les quedaba la idea de que Toral fue una especie de mártir de las catacumbas, iluminado por el cielo y con una mano justiciera y bíblica, y la madre Conchita una especie de Juana de Arco mezclada con un poco de Dalila y de Judith. Esto no es una falsa impresión personal: la noche del estreno pude escuchar en el intermedio y al finalizar la representación, comentarios como estos: ¡El pobrecito era un santo!— ¡Bola de fanáticos terribles!— ¡Gracias a ellos se acabó la persecución religiosa!— ¡Hicieron bien en fusilarlo y es lástima que no lo hayan hecho también con ella!— ¡No buscaban otra cosa que el reinado de Cristo Rey en México!— ¡Esos retrógrados estuvieron a punto de frenar la marcha de la Revolución!— ¡Era un enfermito mental, pero no era malo!

—¡Era un imbécil guiado por los oscurantismos!— ¡Ella sufrió mucho en las Islas Marías! —¡Tuvo el descaro de casarse luego con el dinamitero!— ¡Esta obra deben verla todas las congregaciones pías! —¡Esta obra deben verla todas las juventudes progresistas!— ¡Mártir! —¡Loco!— ¡Santo! —¡Asesino!— ¡Iluminado!— ¡Fanático!

Y el autor, con su aire (más que aire huracán) de seminarista de los ojos negros, recibía las felicitaciones y las opiniones con modestia, mientras su alma sonreía complacida porque, aparentemente, los de izquierda no se habían dado cuenta del verdadero “mensaje” de su recopilación teatral, que radica en el inefable discurso de don Ezequiel Padilla pronunciado en el juicio en el mes de noviembre de 1928 y que puede resumirse así: “En efecto, el fanatismo religioso armó la mano de Toral, pero la iglesia no tiene la culpa de que algunos de sus feligreses distorsionen la religión, la que debe prevalecer por siempre en nuestro país que sigue las huellas del Nazareno”. Contra fanáticos de derecha o fanáticos de izquierda, en la obra de Leñero el triunfo absoluto es de la Iglesia. Por algo Méndez Arceo está siempre presente en los estrenos de Leñero y en esta ocasión aplaudía tan calurosamente. ¿Entonces la obra es de derecha?, preguntará algún lector despistado. Sí, le contestaré, pero de una derecha dentro de la izquierda, o de una “derecha atinada”. Y todo esto dos meses escasos antes de que principie el Año de Juárez. Cantemos con Guillermo Prieto: “cangrejos al compás, marchemos para atrás”.

Una vez establecido que Leñero quedó bien con Dios y con el diablo, pero no conmigo, hablemos de cosas más agradables. Por ejemplo de la excelente actuación que logra Aarón Hernán en el papel de Toral. Este inmenso actor que es Hernán, y a quien lo mismo le hemos creído que es un anciano en *El camino del tabaco*, un hombre maduro en decadencia en *¿Quién teme a Virginia Woolf?* y un joven de veintisiete años en *El juicio*, en esta última obra se muestra como el primer actor indiscutible que es, y ese acto inicial quedará en el recuerdo de quienes lo vimos como algo que difícilmente podrá ser superado. Vale la pena asistir a este espectáculo que debió subtitularse “¡Detente bala, el Corazón de Jesús está conmigo!”, sólo por ver la actuación de Aarón Hernán seguramente en el personaje más difícil que le

haya tocado interpretar. Y con él, Salvador Sánchez y Luis Cou-
turier, y Graciela Orozco, y Willebaldo López (tan buen actor
como autor), y Jorge Mateos, y todos los que intervienen en
este jurado popular a excepción de Silvia Caos, quien no supo
comprender su personaje y más que una monja fanática parecía
María Tudor. En ningún momento recordó físicamente que du-
rante quince o veinte años había sido una religiosa y jamás se
delató con esos pequeños detalles que caracterizan a estas muje-
res, como el modo de cruzar los brazos, la manera de bajar la vista,
la forma de sentarse. Por el contrario, parecía que en cualquier
momento iba a sacar la metralleta y a disparar contra el público.

Un homenaje de admiración al director Ignacio Retes, a cuya
labor se debió en gran parte que los de izquierda aplaudiesen y se
convencieran de que era una obra en contra de sus enemigos. En
manos de otro director menos hábil, el público habría terminado
por cantar el Alabado. Retes supo luchar contra el autor, velada-
mente quizá, para que los protagonistas apareciesen como seres
despreciables; pero como no pudo luchar contra el texto “sinte-
tizado” por Leñero, en ocasiones más que desprecio lo que se
siente es lástima por Toral. Y eso es grave. Sin embargo, Retes
movió esta difícil antipieza con un gran talento y con unos gran-
des conocimientos escénicos, y gracias a la dirección de los dis-
cursos, las preguntas, las respuestas, se hacen menos pesados. Un
fuerte aplauso a su labor en *El juicio* o *El triunfo glorioso de la
Iglesia Mexicana*.

21 de noviembre de 1971

GARCÍA LORCA EN GÉNERO CHICO

Sra. Doña Nati Mistral
Teatro Manolo Fábregas
Méjico en América.

Querida Natividad:

¿Crees en el espiritismo, pequeña de plata y cabellos de luna lu-
neca? ¿No? Pues deberías creer, campana de Córdoba en la ma-